

de todos estos caracteres, pues que todos los otros libros que no tienen por objeto demostrarle, tienen los caracteres contrarios, especialmente el Coran y las obras de Voltaire.

¡ Cosa grande, admirable precedente es la fe!

¡ Aun cuando no tuviera el sacerdote, para hacerse notable, mas que el latin misterioso de Roma! ¡ el poético campanario de la aldea! ¡ el sagrado púlpito, de donde cae la palabra casi como del cielo!

Y ¿cual no será su imperio, si á las ventajas de caracter y de posicion, une las calidades personales! La Iglesia le instituye como ejemplo mas aun que como oráculo; la misma lengua del Espíritu Santo no es tan elocuente como una virtud. Intimamente convencido de esta superioridad, llamaba un concilio de Tours á la vida de los clérigos el libro de los legos: *Liber laicorum est vita clericorum*.

Los mas sencillos efectos del sacerdocio en una sociedad, y por consiguiente en el mundo, son la razon, la consagracion y por consiguiente la existencia misma del imperio; y por él, de todas las especies de órdenes y de prosperidades públicas y privadas.

Gran parte de esta obra hemos consagrado á demostrarlo.

Muchos otros y mas grandes objetos, muchas mas importantes misiones tiene el sacerdote, y admirablemente lo expresa Olier cuando dice: « El Padre,

dándose á su hijo, se da á todos los que están unidos á él; y el hijo, dándose al Padre, le da tambien todos los que están unidos á él: así se efectua una comunión perfecta y una entera sociedad de Dios con los hombres y de los hombres con Dios por medio de este adorable sacramento^o. Y todo esto se efectua por el ministerio de los sacerdotes y por la virtud del sacerdocio².

¿ Quien podria explicar la estension de esta gracia? ¿ Quien podria comprender hasta donde llega este privilegio? ¡ Qué dignidad, qué honor, qué prerrogativa para un sacerdote! ¿ Quien hubiera concebido jamás que un Dios habia de dar tanto poder á sus criaturas, y que habia de querer, desde la tierra, investir á hombres groseros, terrestres, carnales y pecadores con una dignidad tan sublime y tan santa³?

Ahora se concibe esta proposicion del gran Bourdoise en su *Idea de un buen Eclesiástico*: « Yo apruebo en un todo lo que un santo personage, penitenciario de Loreto, decia hace tiempo, á saber: Que no veia mas que un remedio para restablecer la Iglesia, que era *restablecer las parroquias*, y

¹ *Sicut substantia panis (in Eucharistia) transformatur in substantiam corporis Christi, ita anima nostra transformatur in Deum.* S. BERNARDINO.

² *Ego sum in patre meo, et vos in me, et ego in vobis.* S. JUAN.

³ *O potestas ineffabilis! O quam magnam in se continet profunditatem formidabile et admirabile sacerdotum!* S. EPHREM., *De Sacerd.*

que para hacerlo eficazmente, si algun consejo hubiera de dar al Papa, seria el de sacar de todos los monasterios los religiosos mas santos y mas sabios, para hacerlos curas párrocos. Si se supiese lo que es ser cura párroco, el honor, la utilidad y la necesidad de estos cargos, se renunciaria á todo por ellos.»

Se concibe sobre todo esta otra *idea* de Bourdoise: « Es pregunta que casi nunca dejan de hacer aquellos á quienes se ofrece un curato: ¿Cuanta renta? Y la respuesta que no puede menos de hacerseles es: *que podria muy bien rentar el infierno* á los que hacen semejantes preguntas, que prueban mas avaricia que celo por el bien de las almas del curato.»

Ahora que conocemos en abstracto la dignidad, el poder, los deberes y la beneficencia del sacerdocio, podemos medir sus privilegios y su responsabilidad.

Es imposible leer sin espanto y sin consuelo todo lo que los sacerdotes por excelencia ¹, los Padres y

¹ *Grave onus et ponderosum. S. CRISOST. — Sacra moles. S. PAULINO. — Onus onerum. PEDRO DAM. — Onus angelis humeris formidandum. CONC. DE TRENTO.*

Pero es menester ver tratado este argumento por manos maestras y por manos no sospechosas, en el *Tratado de las sagradas órdenes*, por Olier; en la *Idea de un buen eclesiástico*, por Adriano Bourdoise; en el *Perfecto eclesiástico*, por el célebre presbítero Carron; en el *Sacerdote citado ante el tribunal de Dios en el momento de su muerte*, por un director de San-Sulpicio.

San Bernardo respondió á un celoso cristiano que le pedia entrar en su amado Clairvaux: *Si, hijo mio, traed á Dios un corazon va-*

los Santos han dicho de la grandeza de estos deberes, de la recompensa de su cumplimiento, del castigo de su infraccion. « Ven á Dios » todos los dias en el altar. Salmo 83. — « Un solo dia de permanencia en la Iglesia vale mas que mil otros dias. » (*Id.*) — « He preferido ser de los últimos en la casa de mi Dios á habitar los palacios de los pecadores. » (*Id.*)¹ — « Yo vivo; no, yo no vivo; Jesucristo es quien vive en mi. » SAN PABLO. — « Si por todos los trabajos y todas las penas imaginables de toda mi vida, tuviese la recompensa de celebrar dignamente una sola misa, seria demasiado dichoso », dice san Agustín; y san Buenaventura, mas seráfico, en su *Preparacion para la misa*, dice: Mil años de lágrimas no bastarian á hacer al hombre digno de recibir este noble sacramento: *Mille lacrymarum anni non sufficerent, ad tam nobile sacramentum semel, dignè accipiendum.....*

« Santa Teresa, dice san Liguori, leyendo la vida de los santos mártires y la de los santos jornale-

cio y ofreciéndosele sin cesar á fin de que le llene... Intrate solus, manete totus, exite alius. — Y luego, el santo sacerdote, en una meditacion sobre el *Infierno de los sacerdotes*, les recuerda que S. Juan Crisóstomo decia que, despues de haberlo reflexionado maduramente, estaba convencido de que son muy pocos los sacerdotes que se salvan y que la mayor parte se condenan: *Non temere dico, sed ut affectus et sentio: non arbitros inter sacerdotes multos esse qui salvi fant, sed multo plures qui pereant.*

² Todo el salmo 85 es magnífico en este sentido, y la iglesia le ha aplicado siempre, como parece haberle consagrado David, al sacerdote.

ros evangélicos, decía que envidiaba mas la suerte de los últimos, á causa de la gran gloria que proporciona á Dios el celo de los que trabajan por la conversion de los pecadores. Santa Catalina de Siena besaba la tierra que habian pisado los pies de los sacerdotes, cuyos trabajos todos estaban consagrados á la salvacion de las almas. Tal era el celo de esta Santa por la salvacion de los pecadores, que hubiera querido poder ponerse á las puertas del infierno para impedir que se precipitasen en él nuevas almas. Y nosotros, nosotros sacerdotes del Señor, ¿qué decimos? ¿qué hacemos? A la vista de tantas almas que se pierden ¿seremos espectadores inútiles? — Y, añade Liguori, « San Pablo decía que por labrar la salvacion del prójimo, hubiera consentido hasta en verse separado de Jesucristo (por cierto tiempo, segun la esplicacion de los comentadores): *Optabam enim ego ipse anathema esse à Christo pro fratribus meis.* (Rom. 9, 8.) San Juan Crisóstomo deseaba quedarse ciego con tal de que á costa de este sacrificio le concediese el cielo la felicidad de salvar las almas que le estaban confiadas: *Millies optarem ipse cæcus, si per hoc liceret animas vestras convertere.* (Rom. 3. in *Act. Apost.*) San Buenaventura protesta que hubiera aceptado de buena gana tantas muertes cuantos pecados hay en el mundo, con tal de que todos los hombres pudiesen salvarse (*stim. dio. am.*, p. 2, cap. XI). San Francisco de Sales, hallándose en un pais de hereges, en un invierno riguroso, no temió

cruzar un rio pasándole con gravísimo peligro sobre una tabla cubierta de hielo, para ir á llevar la palabra del Evangelio á aquella desventurada nacion. San Gaetano se hallaba en Nápoles durante la terrible revolucion de 1647, y fué tanto lo que le afligió el ver las muchas almas cuya ruina causó aquella espantosa catástrofe, que se murió de pena. San Ignacio de Loyola decía que aun cuando muriendo actualmente estuviera seguro de salvarse, no titubearia en continuar en la tierra, á riesgo de su salvacion eterna; á fin de poder seguir trabajando por el bien de las almas.

« Rarisima vez acontece que haga una mala muerte el sacerdote que ha empleado su vida en salvar las almas: *Cum effuderis escorienti animam tuam, et animam afflictam repleveris, orietur in tenebris lux tua... et requiem tibi dabit Dominus, et implebit splendoribus animam tuam; et ossa tua liberabit.* (ISAÍ. 58, 10.) Esto es tambien lo que nos enseña san Agustin; *Animam salvasti, animam tuam prædestinasti*; — y antes que él, el Apostol Santiago: *Qui converti fecerit peccatorem, ab errore viæ suæ salvabit animam ejus* (el alma del que convierte, segun el testo griego) *à morte et operiet multitudinem peccatorum* (Epist. v, 20.) Un Sacerdote de la compañía de Jesus que habia consagrado su vida toda á la conversion de los pecadores (véase el menologio de la sociedad), *manifesta-*

ba en el momento de su muerte tanta alegría y una confianza tal en su salvacion, que aquel contento pareció excesivo, y los que le rodeaban creyeron deber advertirle que en la hora de la muerte convenia tener confianza, es cierto, pero una confianza mezclada de temor. — « ¡Cómo! replicó el moribundo, ¿he servido á un Mahoma? He consagrado toda mi vida á un Dios tan agradecido como fiel: ¿qué tengo pues que temer? — Habiendo declarado san Ignacio de Loyola, como vimos mas arriba, que por consagrarse á la salvacion de las almas, se quedaria con gusto en la tierra, incierto de su propia salvacion, aun cuando estuviera seguro de salvarse muriendo actualmente, hizole uno esta observacion. Pero, padre mio, ¿es accion cuerda aventurar la propia salvacion por la de los demas? — ¿Y creéis por ventura que Dios es un tirano? respondió el Santo, — ¿y habia de querer entregarme al infierno cuando espongo mi salvacion por ganarle almas? »

Pero la grandeza de la responsabilidad, la enormidad de la culpa, la gravedad del castigo, están aqui en proporcion con las de las recompensas. Cuanto es alta la dignidad que se ha recibido de Dios, tanto será profunda la caida. *Ab altiori fit casus gravior*. El que cae de bajo, rara vez se hace gran daño, pero el que cae de un sitio elevado se precipita en una caida mortal: *Et ut levius est de plano corruiere, sic gravius est, qui de sublimi ceciderit dignitate: quia ruina quæ de alto est, gra-*

viori casu colliditur. S. AMB. de dign. sacer... El pecado del sacerdote crucifica segunda vez al Salvador, dicen los Padres; mata al mismo Dios, dice san Crisóstomo: — « es irremisible, porque su autor sabe lo que hace, » dice Liguori. — Empezad por el santuario, dice tambien el Dios vivo en el desastre descrito por Ezequiel.

He aqui otras tantas espadas de Damocles suspendidas perpetuamente sobre la cabeza del sacerdote, para llamarle á sus deberes.

Preciso es que á los ojos y en la opinion de todos los hombres y de todos los pueblos del universo, haya muchas grandezas y muchas magnificencias en el sacerdocio; las mas ilustres familias, las mas célebres dinastias ¹ han tenido casi tantos sacerdotes y religiosos como hombres de estado,

¹ Los hombres mas grandes, los miembros mas célebres de las mas ilustres familias, han entrado en las sagradas órdenes, en medio y aun en la cúspide de su elevacion.

Este modo de ver de la nobleza era sobre todo comun en los primeros siglos de la iglesia, cuyos padres y doctores pertenecian por lo general á las familias patricias de Roma ó de Constantinopla, y pueden citarse, entre otros mil, S. Ambrosio, S. Crisóstomo, S. Agustin, etc.

Los mas grandes fundadores de órdenes salian entonces de las mas altas familias. S. Benito de Aniana, que desmontó y civilizó todo el norte, como S. Benito de Moncassin, el mediodia; S. Romualdo, fundador de las Camaldulenses; S. Ignacio, S. Juan de Dios, el abad de Rancé, el cardenal del Luxemburgo, obispo de Metz, etc.

Los príncipes, los ministros, los capitanes hallaban en el sacerdocio los consuelos ó la felicidad que en vano habian buscado en

capitanes ó reyes; y los príncipes temporales no han hallado mas que esta profesion posible para ellos,

las cortes ó entre las pompas mundanas. Las tres razas por excelencia de Francia, los Merovingios, los Carlovingios y los Capetos eran casi tanto sacerdotales ó monásticas como reales. La hermana de Clovis murió en olor de santidad en un claustro: nuera de aquel rey fueron Santa Teodechilda, fundadora del convento de San-Pedro-el-Vivo, en Sens, y Santa Radegunda, fundadora del de Santa-Cruz, en Poitiers: fueron nietos suyos el obispo de Metz y S. Gontran. — S. Arnul, obispo, era el último descendiente de Meroveo, y S. Cloud, su inmediato sucesor en la misma silla episcopal, fué el primer Carlovingio. — S. Folcuin, obispo de Teruana, fué sobrino de Pepino: S. Remi y S. Hugo, obispos sucesivos de Ruan, fueron el uno hijo, y sobrino el otro de Carlos Martel, superior á la corona que rehusó por dejársela á su hijo. — Gisela, hermana de Carlomagno, y Teodrade, su hija, religiosas en el convento de Argenteuil; Eginhard, su yerno y su primer ministro, haciéndose sacerdote cuando murió su muger; el ilustre abad Adalard, su primo hermano; S. Luis, obispo de Marsella, de la familia de los Capetos; los cardenales de Borbon, los numerosos abades ó cardenales de Lorena ó de Guisa; el sabio y virtuosísimo abad Luis de Orleans, hijo de un regente corruptor (el duque de Orleans), y en fin, aquel admirable y último Estuardo que, bajo el nombre de cardenal de York, desempeñó las primeras dignidades romanas y los mas rigurosos deberes de un obispo (en Frascati) y sobrellevó la adversa como la próspera fortuna, (vendió hasta las joyas de su familia por socorrer á Pio VI) con un celo y una magnanimidad que solo puede inspirar la sangre real, cuando conserva su pureza.

No son menos numerosos los príncipes y los grandes que se han elevado al sacerdocio en otros países: el rey Don Ramiro de Aragon, S. Francisco de Borja y Carlos V, en España; los Farnesios los Gonzagas, los de Este y sobre todo los Medicis, en Italia; los Amedeos, en Saboya; Alfonso III, duque de Módena; los Jagellon en Polonia; los archiduques de Austria; en Inglaterra los Plantagenetos, cuya sangre corria en las venas del cardenal Polo.

sin sufrir desdoro. A muchos se ha visto, y á los mas grandes, san Luis, Carlos Quinto, Casimiro de Polonia, entre otros, desde la cúspide de las grandezas humanas, aspirar, ó mas bien no atreverse á aspirar á *descender* á las sagradas órdenes !!

Los emperadores de Constantinopla dejaban fácilmente el palacio por la celda.

Y ascendiendo á los primeros siglos del mundo, los reyes eran al mismo tiempo pontífices.

En las familias nobles hallariamos ejemplos innumerables de lo que vamos probando, sacados de todos los países y de todos los tiempos, hasta fines del siglo pasado.

El ritual llama tambien á los sacerdotes: *Reyes. Ut nomen congruat actioni, actio respondeat nomini, ne sit nomen inane, crimen immane.* S. AMER.

Los mismos reyes doblan la cerviz ante la dignidad del sacerdote.

« Se lee en la vida del célebre abad Joaquin, muerto por los años de 1200, que habiendo sido llamado al palacio por la emperatriz Constanza, acudió inmediatamente y la halló en la iglesia sentada en su acostumbrado sitial: el abad se sentó junto á ella en un taburete, pero cuando supo que le habia llamado para confesarse con él: Señora, dijo con tono de autoridad, yo hago aquí las veces de nuestro Señor Jesucristo y vos las de la Magdalena penitente; bajad, sentaos en el suelo, y confesaos de esa suerte: sino, yo no podria oiros. » *Historia de S. Luis*, por el marqués de VILLENEUVE.

Balzac cuenta muy bien un hecho análogo en su *Sócrates cristiano*:

« El confesor del difunto rey de España conocia muy bien la grandeza de su cargo y la soberanía de la jurisdiccion que ejercia. Un dia el duque de Lerma quiso tratarle como á persona de poco valer y hablarle con desprecio.—¿ Con quien pensais que os las habeis? le respondió: vuestra privanza es mucho menor que la mia. Sabed que os las habeis con un hombre que tiene á Dios todos los

Quisieramos poder extractar aquí, pero conocemos que es preciso leerla toda entera, para ver toda la dignidad de un sacerdote (*verdadera moral,*

dias en las manos y una vez por semana al rey á sus pies. — Lo que nos hace saber el tono del confesor en su choque con el privado y la devocion del rey que se confesaba todas las semanas. »

Otro sacerdote hombre de estado, que siempre nos ha parecido admirable, y de quien se tiene en Francia poca noticia, es el cardenal de Espinosa, « que tenia, dice un historiador de las cosas de España, *el entendimiento tan vasto como la monarquía que gobernaba.* Cuando este cardenal escribia al rey sobre los negocios que habia pendientes, en vez de decir: *Me parece que convendria hacer tal ó cual cosa,* decia imperiosamente: *Haced ó no hagais esto,* como si él hubiera sido el rey, y el rey su ministro. »

« A aquel cardenal fué á quien Felipe II quitó la vida con una palabra de reprimenda: — *Cardenal,* le dijo, *advertid que soy el presidente.* Tratábase de la presidencia del consejo de Castilla, la primera dignidad secular de la monarquía de España, muy superior á la de canciller de Francia. Dicen que Espinosa murió de pesadumbre á los pocos dias; pero todo es inaudito en la muerte como en la vida y en el nacimiento de este grande hombre. Cuando abrieron su cuerpo para embalsamarle, dirigió la mano al cirujano y su corazón palpité despues de la abertura del estómago. Refiere este hecho Luis Cabrera, historiador que vivia en la corte de Felipe II.

« Su madre le parió en la hora de su entierro, mientras los curas estaban rezando por ella el oficio de difuntos, y aun vivió catorce años despues de aquella aparente resurreccion, de modo que es exacto decir que *la muerte sirvió de partera á la madre, y la iglesia de cuna al niño,* como para feliz presagio de las dignidades eclesiásticas á que debía llegar, porque despues de haber llenado altos cargos civiles, fué nombrado obispo de Sigüenza, inquisidor general de España, cardenal y primer ministro. Realzaban su autoridad, añade el almirante, una hermosa presencia y el lujo de sus vestidos: llevaba sotanas de terciopelo carmesi, sortijas preciosas en los dedos y bordados de oro en las muñecas: hablaba con altivez y soste-

ó mas bien sacrificio en accion), la *Relacion* ó por mejor decir la historia del prolongado heroismo de Belsunce durante los largos años de la peste de Marsella, y aquella serie de soberbias ceremonias, aquellos inmensos memoriales católicos de la consagracion de la ciudad al *Sagrado-corazon* del Señor del universo. Entonces fué cuando el nuevo Carlos Borromeo, despues de haber visto caer á su lado á muchos individuos de su clero, á su capellan limosnero, á su secretario, sus criados y gran parte de su grey, salió de la catedral llevando en sus manos el Santísimo Sacramento, saludado con repetidas descargas de toda la artilleria del puerto, se adelantó entre el estruendo de las salvas en medio

nia una numerosa servidumbre en la que habia personas de no vulgar condicion.

« Pasando un dia Felipe II por Martimuñoz de las posadas, patria de Espinosa, detúvose en aquel pueblo espresamente para oír misa en la capilla donde yace enterrado, y mandó al celebrante que la dijese, por el descanso del alma del difunto. Luego dijo: *Aquí yace el mejor ministro que he tenido en mis reinos.* Elogio, añade un historiador, que valia mas que cien oraciones fúnebres. »

Otros reyes han temblado de otro modo en presencia de los pontífices:

Soberbio momento fué el de la entrevista de Canossa, cerca de Reggio, en 1077, cuando Gregorio VII, teniendo la Eucaristía en las manos, se volvió al emperador y le intimó que jurase como él juraba, *sobre su eterna salvacion, de no haber hecho nunca nada que no fuese dirigido con perfecta pureza á la gloria de Dios y á la felicidad de los hombres,* sin que el emperador, oprimido por su conciencia y por el ascendiente del pontífice, se atreviese á repetir la fórmula ni á recibir la comunión.

de una muchedumbre á cada paso mayor ; atravesó, si es licito decirlo así, llenas de la presencia real de Jesucristo, aquellas mismas calles donde tantos mártires eclesiásticos habian dejado sus cuerpos en su nombre, hasta el sitio llamado el *Cours* (el corso) donde estaba erigido el mas magnífico altar espiatorio, decorado con infinita y riquísima argenteria; y de allí, alzándose como á un primer cielo, dió, desde lo alto del mas alto campanario, en un dia hermosísimo, la bendicion á toda la ciudad representativa de su diócesis, viéndolo y aun oyéndolo el mas inmenso concurso que acaso se ha visto jamás prosternado y vertiendo lágrimas de júbilo para proclamar y adorar al Dios del cielo, aplacado despues de la mas tremenda cólera.

Veamos otra reciente procesion del Corpus inaudita y saludable, en la que el sacerdote es á la vez el instrumento y el heroe. « En Felippeville, dice el elocuente obispo de Argel, bendije un cementerio y tambien la ciudad al fin de una magnífica ceremonia, en medio de un campamento rodeado de una muchedumbre de Arabes, al estruendo de las músicas militares y de las salvas de artilleria. Despues de haber celebrado la santa misa en un altar de flores, de cespced y de trofeos, dirijí algunas palabras espresivas á nuestros soldados llenos de entusiasmo y á sus dignos gefes, y di la bendicion pontifical que fué recibida con piadoso respeto. ¡ Ah !

ojalá pudiera describiros ahora mi romeria á Hipona, á las ruinas del sepulcro de san Agustin ! A ellas fui acompañado de las hermanas que conducia á Constantina, á quienes comulgué allí mismo, sobre las ruinas tan admirables todavia del hospital fundado hace quince siglos por la caridad de Agustin : dije la misa bajo una de las galerias, bastante bien conservada para cubrirnos : las flores del campo nos servian de ornamentos, de altar y de alfombra : encima de aquel altar tan gracioso y tan magnífico á los ojos de la fe, puse un hueso del santo pontífice, el que me dió el Santo Padre, el primero que ha vuelto á esta tierra querida al cabo de 1410 años. Acabada la misa bendije al pueblo apiñado con aquella reliquia sagrada por tantos títulos : en seguida recitamos la admirable oracion que el Santo dirige á Dios al fin de sus *confesiones*, en la que exhala su alma en las mas vivas y tiernas acciones de gracias. Imposible nos era arrancarnos de aquellas ruinas. Tengo un proyecto que comunicaré á vm. y que ejecutaré apenas puedan ayudarme. Aquel dia, en el momento de la consagracion, me detuve.... estaba como fuera de mi : el cielo me habia inspirado un pensamiento ; desde lo mas profundo de mi alma pedí á Dios por la sociedad de la propagacion de la Fe, que irresistiblemente me sentí impulsado á recomendar á san Agustin. »

¡ Pónganse en parangon con tales hechos las mas brillantes victorias !...

El episcopado eclipsa, bajo todos conceptos, la conquista y el gobierno; ¡y tales son su naturaleza y su omnipotencia, que haria perdonar hasta la usurpacion!

En una palabra, todos los otros grandes hombres, hablan ó escriben á veces cosas *sublimes*: solo el sacerdote las hace.



SEGUNDA PARTE.

LA MAGNIFICENCIA DEL SISTEMA DE FILOSOFIA Y DE ENSEÑANZA DEL SACERDOTE.

« Una verdad, aquí solamente, es todas las verdades. »

La verdad en materia de religion, es decir la verdad de los derechos y de los deberes, y de los seres morales ó materiales dogmáticos que son su base, no puede ser y no es en efecto otra cosa, para un hombre y por consiguiente para todos los hombres, mas que el medio de ser feliz en la vida presente y en la vida ulterior.

Debe ser facil de conocer;

Debe tener un caracter;

Visible,

Irresistible,

Perpetuo;

Sin lo cual Dios, que es el principio de la ver-